

A todos aquellos que cotidianamente
hacemos ese raro y siempre nuevo
turismo interurbano...

BOLETOS, POR FAVOR

*"...Ain no me siento viajero -y eso
que, como usted sin duda sabe,
tengo una admirable vocación en ese
sentido, y soy capaz de viajar en
el mismísimo centro de la ciudad".**

Cuando Clara salió de su casa, supo que no llegaría a tiempo; la idea le surgió como esclarecedora -como surgen los recónditos presagios que a menudo o casi siempre van contra nuestra voluntad. Se encontraba envuelta en una sola soledad, vacía de soledades solas, solitaria y con una bruma ignota vallándole el camino hasta la parada del colectivo. A esa hora inverosímil, la calle parecía un paisaje londinense, en invierno, cuando ni siquiera la última astucia de Sherlock, el elemental, vigila la niebla encubridora. Aquella mañana apócrifa de junio Clara Equis de la Calle emprendió un viaje último de veinte cuadras. Se disponía a ir al trabajo como otro día cualquiera, aunque ese no era un día como todos; debía llegar a la oficina con más puntualidad que nunca, porque iban a darle el resultado del concurso, y si lo ganaba, sería la nueva jefa de la sección Envíos. El cadencioso devenir de sus párpados mal dormidos le indicó que debía consultar su reloj pulsera: ciertamente el colectivo tenía cinco minutos de retraso, y Clara Equis de la Calle comenzó a sentir cómo el frío cordón de la vereda, que ya se asimilaba a sus zapatos, se filtraba en la sangre.

Las monedas que la noche anterior había preparado para que el chofer no se incomodara comenzaron a marcar en su mano esa mezcla de frío azul y nervios blancos que se traducía en un tintineo electrizante y apenas percibido.

En la calle, ya los primeros autos, y por fin Clara Equis de la Calle, empleada pública para más datos, divisó el colectivo. Sintió que sus hombros se relajaban y cayó en la cuenta de que había pasado quince minutos contraída dentro de su tapado marrón, que disimulaba su diminuta anatomía invernalmente oculta detrás de gruesos suéteres y pares de medias.

Extendió el brazo con la esperanza de poder, rápidamente, refugiarse en el bolsillo del sobretodo. Había olvidado los guantes sobre la mesa de la cocina -y Clara Equis de la Calle nunca olvidaba los guantes.

Cuando el colectivo frenó para recogerla, Clara Equis de la Calle, empleada pública -como dije-, notó que no era el mismo chofer de todas las mañanas. Pero la rareza de esa ausencia fue olvidada al instante; después de todo, ya había olvidado los guantes. Depositó rítmicamente las monedas en la mano limosnosa y extendida del conductor. Se tomó como siempre del pasamanos del ómnibus, pero encontró un asiento vacío -Clara Equis de la Calle jamás encontraba un lugar desocupado; sin embargo, ya había olvidado que el chofer no era el mismo- y se sentó.

Contaba con veinte minutos de retraso. De pronto recordó que debía llegar temprano, pues si ella no estaba le darían el puesto a Celia, que desde hacía tiempo envidiaba a Clara esa preferencia inconsciente que el gerente le profesaba con devoción casi mística.

Clara se sintió inquieta, la expectativa por el puesto transformada en impaciencia. Apenas recorridas dos cuadras, el colectivo se frenó en seco y subió el guarda que controlaba los boletos. Un interrogante moteado de desesperación temprana coloreó el rostro de Clara Equis de la Calle -que debía llegar temprano-: el guarda jamás subía a esa hora.

-Boletos, por favor.

Uno por uno pidió a todos los pasajeros su boleto, y a

* Julio Cortázar, en *Cartas desconocidas de Julio Cortázar*, de Mignón Domínguez.

Clara también. El conductor no avanzó hasta que el guarda, luego de revisar la tabla de horarios, se bajó del ómnibus. Clara volvió a mirar la hora, que ya no era la prevista, mientras el temblor de las manos y las piernas testificaba esa cuota de impaciencia, tan cuota e impaciencia que incomoda.

Otras tres cuadras, la próxima parada, y el colectivo volvió a frenarse en seco. Nuevamente subió el guarda-otro guarda- y volvió a pedir uno por uno:

-Boletos, por favor.

El colectivo seguía sin moverse; parecía que aquel guarda antipático exigía boletos a cada minuto de los diez que duró su inútil inspección. Sin dar explicación alguna acerca del porqué de aquella minuciosa vigilancia, *Reglamento*, mascullaba mientras descendía del micro, que para esa hora era ya una carcelaria tumba ambulante que fagocitaba con cada escala ilusiones y necesidades diarias postergadas.

Los nervios y la desesperación sembraron en las sienes de Clara Equis de la Calle, empleada pública, gotitas de un sudor atemporal y frío.

Cuando en la tercera parada el ómnibus se detuvo nuevamente y el guarda -otro guarda- volvió a subir y *Boletos, por favor...*, Clara Equis de la Calle perdió la paciencia de que era capaz, y con un alarido entre desesperado, impotente y sordamente incomprensible -porque a menudo lo que no nos sucede a nosotros mismos nos parece sumamente ridículo en las reacciones de otros- quiso correr y bajar -después de todo, había olvidado los guantes y la cara del chofer y la rareza del guarda subiendo a aquella hora, y hasta había olvidado el trabajo y el ascenso y también había olvidado a Celia-, quiso salir de allí y volver a su casa y acostarse y taparse y no haber nacido. Pero las puertas se cerraron herméticamente a la orden del guarda.

-Boletos, por favor, señorita, no intente bajar. BOLETOS, dije, ¿no me oyó? La voz de aquel gris carcelero le hacía eco en la cabeza que ella sentía vacía, o que ya no sentía.

Se sentó resignada, el guarda bajó y el colectivo siguió adelante. Clara Equis de la Calle ya había perdido toda ilusión de llegar a tiempo, hacia una hora que se había subido y el trayecto en realidad no era largo, pero a esa altura ya tendría que estar sirviéndole el café a su jefe. El colectivo siguió. Clara era un ente transpirado, desgarrado y con el pelo revuelto como si hubiera corrido treinta cuadras con el viento en contra, y sólo había andado una hora en ómnibus en un trayecto de diez cuadras.

Cuando por fin ya no subieron más guardas, luego de cinco paradas de *Boletos, por favor*, el micro seguía su camino, y faltando dos cuadras para bajarse, Clara vio como el colectivo viraba en sentido opuesto al esperado. Lívida -casi desahuciada-, se abalanzó sobre la máquina de los boletos y le suplicó al conductor que la dejara bajar, que debía llegar al trabajo. Pero a su grito le faltó fuerza; fue un grito oval, como de lágrima, un grito salado y líquido que sólo sirvió para que el chofer se quejara de las cosas que debía aguantar y le parara siete cuadras más adelante.

Clara Equis de la Calle descendió del micro a los tumbos: hacía dos horas que había salido de su casa y estaba aún a veinte cuadras del trabajo, que ya debía ser de Celia. Lucía demacrada, el maquillaje le enmarcaba el rostro con difusas líneas negras, mezcla rara de piel y lágrima, el pelo ajeno a toda hebilla, las medias enganchadas por todos lados, sin guantes y tan lejos.

Olvidó todo, olvidó incluso lo que olvidaba y porqué olvidaba, cuando lo hacía. Por temor a subir al colectivo, ya no volvió al trabajo, como tampoco volvió nunca más al centro de la ciudad. Se limitó a su circuito de ocho o nueve cuadras a la redonda. Cuando se le gastaron los zapatos que tenía, como no había ninguna zapatería cerca, salió sólo en verano, y después no salió más. Celia, su ex-compañera, le llevaba las provisiones del mercado. Jamás volvió a tomar un colectivo. Se descubrió no apta para las largas travesías ciudadanas. En los últimos tiempos, para conciliar el sueño -según nos contó luego Celia-, Clara contaba boletos viejos, de los años tranquilos, los años del trabajo, del jefe, de los guantes y de la bruma espesa de junio en las mañanas anónimas de la señorita Equis de la Calle, ex-empleada pública, para más datos.

Natalia Montini
3er. Año - Letras